

ANHELO INFINITO DEL CORAZÓN HUMANO: UN VIAJE HACIA LA BÚSQUEDA DEL AMOR AUTÉNTICO, A TRAVÉS DE LA TEOLOGÍA DEL CUERPO DE SAN JUAN PABLO II

*INFINITE DESIRE OF THE HUMAN HEART: A JOURNEY TOWARD THE
SEARCH FOR AUTHENTIC LOVE, THROUGH THE THEOLOGY OF THE
BODY OF SAINT JOHN PAUL II*

por Pamela Elizabet ALFONZO

Centro San Juan Pablo II para estudios sobre el matrimonio y la familia.

pamelaalfonzo@hotmail.com

ORCID 0009-0009-8177-3817

Fecha de entrega: 05/05/2025 - Fecha de aprobación: 27/05/2025

Resumen:

La búsqueda del amor auténtico es un anhelo profundo inscrito en el corazón humano. La Teología del Cuerpo de san Juan Pablo II ofrece una comprensión integral sobre esta aspiración. Desde una perspectiva antropológica adecuada: la experiencia del amor en el origen, tal como fue concebido desde el principio, el amor vivido en la historia de la humanidad caída y redimida por Cristo y el amor alcanzado en la plenitud del cielo.

Abstract:

The search for authentic love is a deep longing inscribed in the human heart. Saint John Paul II's Theology of the Body offers a comprehensive understanding of this aspiration. From an adequate anthropological perspective: the experience of love in the origin, as it was conceived from the beginning, the love lived in the history of fallen humanity and redeemed by Christ, and the love achieved in the fullness of heaven.

La persona humana, desde que nace hasta que muere, tiene un anhelo infinito en el corazón: amar y ser amada. Sin embargo, este deseo que intenta saciar por medio de otros seres humanos, nunca logra llenarle por completo. Porque el corazón del hombre posee un pozo infinito que "infinitos finitos jamás lo llenaran del todo"¹. Entonces surgen preguntas existenciales: ¿Alguna vez se ha experimentado un Amor auténtico e infinito?; y, en caso contrario, ¿por qué se anhela una experiencia desconocida? ¿O será que esta vivencia ha quedado grabada a fuego en el alma, aunque no se es plenamente consciente de ello?

Este misterio, que ha inquietado al ser humano a lo largo de la historia, encuentra una luz esclarecedora en la Teología del Cuerpo. Pero, ¿de qué trata realmente esta enseñanza? Se trata de un compendio de ciento veintinueve catequesis impartidas por el papa san Juan Pablo II entre 1979 y 1984, en las cuales responde a los cuestionamientos más profundos del ser humano: ¿qué significa ser persona? y ¿cómo se está llamado a amar?

A lo largo de estas páginas, se invita al lector a emprender un viaje de descubrimiento, para explorar la verdad sobre el amor que es el sentido de la existencia y la vocación trascendente del hombre. Comprender el destino del corazón humano es la clave para redescubrir el verdadero significado del amor y alcanzar la plenitud para la que se ha sido creado.

Palabras clave

amor auténtico, anhelo del corazón, comunión, don, antropología adecuada, Juan Pablo II, teología del cuerpo, vocación al amor.

Keywords:

authentic love, longing of the heart, communion, gift, adequate anthropology, John Paul II, theology of the body, vocation to love.

¹ LARRAÑAGA (2005: 6).

El Amor en el Principio

Para comprender el origen del anhelo profundo de amor y “común-
unión” en la persona humana—ya sea consciente o inconscientemente experi-
mentado—es necesario retornar al principio de la creación.

Es Jesús mismo quien interpela a los fariseos y, a su vez, a cada persona en la
actualidad, invitándoles a volver a ese principio para descubrir cómo fue el
Amor en su esencia más pura y auténtica. En las Sagradas Escrituras, cuando los
fariseos le preguntan a Jesús si estaba permitido el divorcio, Él responde:

Se le acercaron unos fariseos, y lo pusieron a prueba con esta pregunta: « ¿Está
permitido a un hombre divorciarse de su mujer por cualquier motivo?» Jesús
respondió: «¿No han leído que el Creador al **principio** los hizo hombre y mujer Y
dijo: El hombre dejará a su padre y a su madre y se unirá con su mujer y serán los
dos una sola carne? De manera que ya no son dos, sino una sola carne. Pues bien,
lo que Dios ha unido, no lo separe el hombre». Los fariseos le preguntaron:
«Entonces, ¿por qué Moisés ordenó que se firme un certificado en el caso de divor-
ciarse?» Jesús contestó: «Moisés vio lo tercos que eran ustedes y por eso les permi-
tió despedir a sus mujeres, pero al **principio** no fue así»².

² Mt. 19: 3-8.

Entonces, ¿cómo ha sido el plan de amor desde aquel principio? Desde el
origen, “Dios que ha creado al hombre por amor, lo ha llamado también al amor,
vocación fundamental e innata de todo ser humano. Porque el hombre fue
creado a imagen y semejanza de Dios (Gn. 1,2), que es Amor (1 Jn. 4, 8.16)”³.

San Juan Pablo II, sostiene que en su acto creador, Dios otorga al ser
humano una experiencia fundamental: la “soledad originaria”. Esta soledad
conlleva un anhelo profundo de comunión y tiene un doble significado. Por un
lado, la “soledad vertical o existencial” que proviene del vínculo con Dios,
puesto que “el hombre está solo: esto quiere decir que él, a través de la propia
humanidad, a través de lo que él es, queda constituido al mismo tiempo en una
relación única, exclusiva e irrepetible con Dios mismo”⁴. Esto significa que solo
Aquél que lo creó por amor y para el amor puede comprenderlo plenamente y
otorgarle su verdadera identidad, siendo que

³ CATIC (1992: 1604).

El hombre se encuentra desde el primer momento de su existencia, frente a Dios
como a la búsqueda de la propia entidad; se podría decir: a la búsqueda de la
definición de sí mismo. Un contemporáneo diría: en búsqueda de la propia “iden-
tidad”⁵.

⁴ Audiencia del miércoles 24 de octubre de 1979,2.

Por otra parte, el mismo autor menciona también la “soledad horizontal
o relacional” que se manifiesta cuando Dios observa que no es bueno que Adán
permanezca solo en el Edén y decide crear para él a una compañera de vida:
“Después dijo el Señor Dios: ‘No conviene que el hombre esté solo. Voy a hacerle
una ayuda adecuada’”⁶. Es a partir de aquí que el hombre experimenta otro tipo
de carencia: una necesidad de comunión con alguien de su misma naturaleza. De
esta soledad originaria surge a la vez, la “unidad originaria”, que “cuyo punto
clave parecen ser las palabras del Génesis 2: 24, a las que se remite Cristo en su
conversación con los fariseos: ‘Dejará el hombre al padre y a la madre y se unirá
a la mujer y serán los dos una sola carne’ (Mt. 19, 5)”⁷. En esta unidad, el amor es
puro, real y recíproco. El hombre y la mujer se contemplan el uno al otro de
manera integral, reconociendo y valorando todas las dimensiones de la persona:
cuerpo, alma y espíritu. Este es el diseño divino del amor desde el principio de la
creación.

⁵ Audiencia del miércoles 10 de octubre de 1979,5.

⁶ Gen. 2: 18.

⁷ Audiencia del miércoles 7 de noviembre de 1979, 1.

San Juan Pablo II expresa además que toda persona está llamada a
responder a una vocación al amor, expresada a través del “significado nupcial o
esponsal del cuerpo”, en donde cada persona es un *don* para el otro:

El primer sentido del significado esponsal del cuerpo se refiere a la capacidad del cuerpo de expresar amor: ese amor precisamente en el que el hombre persona se convierte en don y mediante este don realiza el sentido mismo de su ser y existir⁸.

Karol Wojtyła –san Juan Pablo II– afirma que en el origen de la creación, Adán y Eva vivían en un estado de “desnudez originaria”, donde no sentían vergüenza, porque poseían una “mirada sacramental”: mirada que es íntegra, de mutua aceptación, afirmación y con un nivel de intimidad profunda. El hombre y la mujer “se ven y se conocen a sí mismos con toda la paz de la mirada interior, que crea precisamente la plenitud de la intimidad de las personas”⁹. Esto era posible porque ambos eran portadores de una “inocencia originaria”, la cual les otorgaba rectitud de corazón y les permitía experimentar el amor en su plenitud: “...inocencia interior (rectitud de intención) consiste en una recíproca ‘aceptación’ del otro. Se trata... de acoger al otro ser humano y de aceptarlo, mediante toda la verdad y la evidencia de su propio cuerpo”¹⁰.

Por otro lado, es importante destacar que, a pesar de que no todas las personas se encuentran llamadas al matrimonio, de igual manera el significado nupcial del cuerpo nunca deja de estar presente:

Naturalmente, no todo el mundo se casa, pero el cuerpo de cualquier ser humano –casado o no– habla de la naturaleza nupcial de la persona humana; es decir, toda persona ha sido creada por Dios para entregarse libremente a los demás a través de actos de amor y servicio generoso. Cuando aceptamos esa invitación, descubrimos que nuestro esfuerzo por lograr la comunión con los demás a través del servicio nos permite descubrirnos a nosotros mismos¹¹.

Con respecto a este llamado particular de ser ‘don’, el autor de la Teología del Cuerpo enfatiza lo siguiente:

Si Cristo ha revelado al hombre y a la mujer, por encima de la vocación al matrimonio, otra vocación –la de renunciar al matrimonio, por el reino de los cielos–, con esta vocación ha puesto de relieve la verdad misma sobre la persona humana. Si un hombre o una mujer son capaces de darse como don por el reino de los cielos, esto prueba, a su vez (y quizás aún más), que se da la libertad del don en el cuerpo humano. Quiere decir que este cuerpo posee un pleno significado “esponsalicio”¹².

Por lo tanto, ambas vocaciones –matrimonio y vida consagrada– son un signo visible de una realidad aún más trascendente. Ya que toda persona humana tiende desde siempre a la unión definitiva con un Otro con mayúsculas: Jesús. “En esta profunda ansia de unión reside el anhelo divino de comunión”¹³.

El Amor en la historia

Existe una brecha entre el amor que se originó en el principio y la distorsión que ha sufrido a lo largo de la historia, como consecuencia del pecado original. A raíz de lo ocurrido, el corazón del hombre quedó herido por la concupiscencia y la vergüenza.

Con la concupiscencia se rompe la confianza en la paternidad amorosa de Dios, lo que desencadena también la desconfianza hacia otros vínculos humanos. La vergüenza, por su parte, genera la incapacidad de vivir la desnudez originaria tal como fue concebida desde el principio y lleva a ver a los demás como objetos de dominio. De este modo, se pierde la pureza en la mirada y desaparece aquel estupor primigenio: “¡Esta sí que es carne de mi carne y huesos de mis huesos!”¹⁴.

Es en el corazón del hombre donde se libra la batalla entre el amor y la concupiscencia¹⁵. Cuando esta triunfa, el otro es reducido como un mero objeto de uso: “la reducción del otro a ‘objeto para mí’ (objeto de concupiscencia, de ‘apropiación indebida’, etc.)”¹⁶. De esta manera, el amor genuino tal como existía en el principio queda erradicado. Porque lo contrario al amor no es el odio, sino el uso¹⁷. En este contexto la vida humana deja de ser valorada como “imagen y semejanza de Dios” y se convierte en una amenaza.

⁸ Audiencia del miércoles 16 de enero de 1980, 1.

⁹ Audiencia del miércoles 2 de enero de 1980, 1.

¹⁰ Audiencia del miércoles 6 de febrero de 1980, 3.

¹¹ POPCAK (2015: 126).

¹² Audiencia del miércoles 16 de enero de 1980, 5.

¹³ POPCAK (2015: 123).

¹⁴ Gen. 2: 23.

¹⁵ Audiencia del miércoles 23 de julio de 1980, 3.

¹⁶ Audiencia del miércoles 6 de febrero de 1980, 3.

¹⁷ WOJTYLA (2013: 19).

Respecto de la primera desobediencia, el *Catecismo de la Iglesia Católica* menciona sus graves consecuencias entre los primeros padres y Dios:

La Escritura muestra las consecuencias dramáticas de esta primera desobediencia. Adán y Eva pierden inmediatamente la gracia de la santidad original (cf. *Rm* 3,23). Tienen miedo del Dios (cf. *Gn* 3,9-10) de quien han concebido una falsa imagen, la de un Dios celoso de sus prerrogativas (cf. *Gn* 3,5)¹⁸.

¹⁸ *CATIC* (1992: 399).

Asimismo, aparecen las tensiones entre el hombre y la mujer, como también la desarmonía con la creación debido a la entrada del pecado original:

La armonía en la que se encontraban, establecida gracias a la justicia original, queda destruida; el dominio de las facultades espirituales del alma sobre el cuerpo se quiebra (cf. *Gn* 3,7); la unión entre el hombre y la mujer es sometida a tensiones (cf. *Gn* 3,11-13); sus relaciones estarán marcadas por el deseo y el dominio (cf. *Gn* 3,16). La armonía con la creación se rompe; la creación visible se hace para el hombre extraña y hostil (cf. *Gn* 3,17.19). A causa del hombre, la creación es sometida "a la servidumbre de la corrupción" (*Rm* 8,21). Por fin, la consecuencia explícitamente anunciada para el caso de desobediencia (cf. *Gn* 2,17), se realizará: el hombre "volverá al polvo del que fue formado" (*Gn* 3,19). La muerte hace su entrada en la historia de la humanidad (cf. *Rm* 5,12)¹⁹.

¹⁹ *CATIC* (1992: 400).

Por último, se remarca el desorden con respecto a la unión entre el varón y la mujer:

Todo hombre, tanto en su entorno como en su propio corazón, vive la experiencia del mal. Esta experiencia se hace sentir también en las relaciones entre el hombre y la mujer. En todo tiempo, la unión del hombre y la mujer vive amenazada por la discordia, el espíritu de dominio, la infidelidad, los celos y conflictos que pueden conducir hasta el odio y la ruptura. Este desorden puede manifestarse de manera más o menos aguda y puede ser más o menos superado, según las culturas, las épocas, los individuos, pero siempre aparece como algo de carácter universal²⁰.

²⁰ *CATIC* (1992: 1606).

Ahora bien, ¿existe alguna esperanza? ¿Es posible volver a experimentar un amor auténtico como en el origen? Puesto que "El 'corazón' se ha convertido en el lugar de combate entre el amor y la concupiscencia. Cuanto más domina la concupiscencia al corazón, tanto menos éste experimenta el significado esponsal del cuerpo y tanto menos se hace sensible al don de la persona"²¹, entonces ¿está todo perdido? La respuesta a todos estos interrogantes es sólo una: Cristo Redentor. Es Él quien viene a restaurar el corazón herido por los estragos del pecado. Por medio de la fuerza de su Espíritu Santo, la humanidad no queda totalmente perdida sino que recibe una verdadera Esperanza.

²¹ Audiencia del miércoles 23 de julio de 1980,3.

Para mantener vivo aquel eco que resuena desde siempre en el corazón del hombre, es necesario comprender que "el *eros* es la fuerza interior que 'atrae' al hombre hacia la verdad, el bien y la belleza"²². Por su parte, el *ethos*, "puede ser definido por la forma interior, como el alma de la moral humana"²³. Este último, se manifiesta en la exhortación de Jesús en el Sermón de la montaña: "Bienaventurados los puros de corazón, porque ellos verán a Dios"²⁴.

²² Audiencia del miércoles 5 de noviembre de 1980, 2.

Este *ethos* de la redención del Sermón de la montaña no se contradice con los anhelos más bellos y profundos del corazón humano, más bien, juntos, se potencian;

²³ Audiencia del miércoles 16 de abril de 1980,3.

²⁴ *Mt.* 5: 8.

La llamada a los que es verdadero, bueno y bello significa al mismo tiempo, el *ethos* de la redención, la necesidad de vencer lo que se deriva de la triple concupiscencia. (...) en el ámbito erótico, el "*eros*" y el "*ethos*" no divergen entre sí, no se contraponen mutuamente, sino que están llamados a encontrarse en el corazón humano y a fructificar en ese encuentro²⁵.

²⁵ Audiencia del miércoles 5 de noviembre de 1980, 5.

Es Cristo quien apela al corazón humano para que escuche ese eco interior y recuerde quién es verdaderamente:

Las palabras de Cristo, en el sermón de la montaña apelan al "corazón", inducen, en cierto sentido, al oyente a esta llamada interior. Si el oyente permite que esas palabras actúen en él, podrá oír al mismo tiempo en su interior algo así el eco de ese "principio", de ese buen "principio" al que Cristo se refirió una vez más, para recordar a sus oyentes quién es²⁶.

Ahora bien, es importante tener el conocimiento de que así como el ser humano ha heredado el pecado original, también es partícipe de aquella herencia benevolente del principio. Por lo tanto, debe reconocer y apropiarse de tal patrimonio:

Es importante que él, precisamente en su "corazón", no se sienta sólo e irrevocablemente acusado y abandonado a la concupiscencia de la carne, sino que en el mismo corazón se sienta llamado con energía. Llamado precisamente a ese valor supremo que es el amor. Llamado como persona en la verdad de su humanidad, por lo tanto, también en la verdad de su masculinidad y feminidad, en la verdad de su cuerpo. Llamado en esa verdad, que es patrimonio "del principio", patrimonio de su corazón, más profundo que el estado pecaminoso heredado, más profundo que la triple concupiscencia. Las palabras de Cristo, encuadradas en toda la realidad de la creación y de la redención, actualizan de nuevo esa heredad más profunda y le dan una fuerza real en la vida del hombre²⁷.

La victoria de Jesucristo permite vencer el pecado y responder la verdadera vocación al amor. Para ello es necesario recibir su Gracia santificante que está siempre presente en los sacramentos y en la comunicación diaria con Él. Así, Cristo pelea la batalla concupiscente junto a cada persona que decide vivir el amor auténtico, como se vivió en el principio.

Es Jesús quien hace todo nuevo "Yo hago nuevas todas las cosas"²⁸. Por ello, la persona humana no debe quedarse atrapada en la nostalgia del origen, sino vivir con la certeza de que Jesucristo Salvador redime cada corazón humano que busca amar como Él ama.

¡Cristo nos ha redimido! Esto significa que Él nos ha dado la posibilidad de realizar toda la verdad de nuestro ser; ha liberado nuestra libertad del dominio de la concupiscencia. El mandamiento de Dios ciertamente está proporcionado a las capacidades del hombre: pero a las capacidades del hombre a quien se ha dado el Espíritu Santo; del hombre que, aunque caído en el pecado, puede obtener siempre el perdón y gozar de la presencia del Espíritu²⁹.

La venida del Redentor al mundo trajo un segundo estupor. Tal como se exclama "en la bendición del cirio pascual: ¡Oh feliz la culpa que mereció tal y tan grande Redentor!"³⁰. Jesucristo es la Esperanza continua, ya que Él no condena, sino que enseña cómo imitarlo para vivir la llamada al amor auténtico. Esa es la verdadera vocación que Dios soñó desde el principio.

El Amor en el cielo

Las personas han sido creadas para un destino inimaginable y glorioso: la plena "común-unió" con Dios en el cielo. Este es el fin último de la existencia y el cumplimiento perfecto de todos los anhelos inscritos en el corazón humano. El apóstol Pablo expresa que "lo que ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni el corazón del hombre llegó a concebir, eso es lo que Dios ha preparado para los que lo aman"³¹. Este pasaje no solo invita a imaginar la grandeza de lo que se espera, sino que confirma la insuficiencia de las experiencias terrenales.

Para comprender la magnitud del Amor divino que se manifestará plenamente en el cielo, Karol Wojtyła explica que el hombre escatológico es aquel que participa de la redención final de su cuerpo y su alma, cuando se consuma la unión definitiva entre Cristo y su esposa, la Iglesia:

²⁶ Audiencia del miércoles 29 de octubre de 1980,5.

²⁷ Audiencia del miércoles 29 de octubre de 1980,6.

²⁸ Ap. 21: 5.

²⁹ V. S., 103.

³⁰ CATIC. 412.

³¹ 1 Cor. 2: 9.

La verdad sobre la resurrección afirma con claridad que la perfección escatológica y la felicidad del hombre no pueden ser entendidas como un estado del alma sola, separada (según Platón: liberada) del cuerpo, sino que es preciso entenderla como el estado del hombre definitiva y perfectamente “integrado”, a través de una unión tal del alma con el cuerpo, que califica y asegura definitivamente esta integridad perfecta³².

“La cena de bodas del Cordero”³³ es la concreción de la unión definitiva entre Dios y la humanidad. Por lo tanto, el matrimonio terrenal es un signo visible de aquella realidad invisible: la vocación al amor conyugal, inscrita en la naturaleza humana desde el principio, es un signo que apunta hacia el Amor perfecto de Dios en el cielo. En consecuencia, la afirmación “no es bueno que el hombre esté solo”³⁴, determina a este “ser relacional” que no solo refleja la necesidad de comunión entre las personas sino que apunta desde siempre a la unión eterna y plena con Él.

Desde la perspectiva de la Teología del Cuerpo, el hombre escatológico ya no estará gobernado por las limitaciones de la carne caída sino que experimentará la plenitud de su cuerpo glorificado, como Cristo tras su resurrección. Esta transformación alcanzará a todas las dimensiones de la persona:

La participación en la naturaleza divina, la participación en la vida interior de Dios mismo, penetración e impregnación de lo que es esencialmente humano por parte de lo que es esencialmente divino, alcanzará entonces su vértice, por medio del cual la vida del espíritu humano llegará a una plenitud tal, que antes le era absolutamente inaccesible. Esta nueva espiritualización será fruto de la gracia, esto es de la comunicación de Dios en su misma divinidad, no sólo al alma, sino a toda la subjetividad psicosomática del hombre³⁵.

En este estado de perfección, el amor humano será transformado y consumado por el amor infinito de Dios. La comunión de los santos y la unión perfecta con el Creador serán la verdadera plenitud para los hijos de Dios, donde el anhelo infinito que habita en el corazón humano desde el principio, quedará totalmente saciado por los siglos de los siglos.

Conclusión

La teología del cuerpo de san Juan Pablo II ofrece respuestas a los anhelos más profundos del corazón humano. Desde el amor manifestado en el origen y en la historia, hasta llegar a la plenitud del Amor en el cielo, el ser humano siempre se encuentra llamado a vivir un amor auténtico. Este llamado es un ‘eco’ perenne que resuena en lo más profundo del corazón, invitándole a ser ‘don’ verdadero para Dios y para los demás. Comprender esta perspectiva permite redescubrir el íntimo significado del amor humano y su relación con el Amor divino. A su vez, ilumina el camino hacia una vida plena y trascendente que ya puede ser experimentada en este mundo y que alcanzará la plenitud absoluta en el cielo.

³² Audiencia del miércoles 2 de diciembre de 1981, 6.

³³ POPCAK (2015: 124).

³⁴ Gen. 2: 18.

³⁵ Audiencia 9 de diciembre de 1981, 3.

Bibliografía citada

AUDIENCIAS GENERALES DE SAN JUAN PABLO II. En:
<https://www.vatican.va/content/john-paul-ii/es.html>

CATIC = CONCILIO VATICANO II, *Catecismo de la iglesia Católica*, Buenos Aires, Grupo Editorial Lumen, 1992.

LARRAÑAGA, Ignacio (2005): *El sentido de la vida*, Bogotá, Editorial San Pablo.

POPCAK, Gregory (2015): *Dioses rotos: Los siete anhelos del corazón humano*, Madrid, Editorial Palabra.

SAN JUAN PABLO II (1993): *Carta encíclica Veritatis Splendor: sobre algunas cuestiones fundamentales de la enseñanza moral de la iglesia*, Vaticano, 6 de agosto de 1993.

WOJTYLA, Karol (2013): *Amor y responsabilidad*, Madrid, Editorial Palabra.

